

DE LA JUDERIA A LA GRANDEZA DE ESPAÑA. LA TRAYECTORIA DE LA FAMILIA DE MERCADERES DE LOS BERNUY (SIGLOS XIV-XIX) (1)

HILARIO CASADO ALONSO

En los estudios de historia de España los trabajos acerca de la evolución de una familia concreta a lo largo de un amplio periodo de tiempo son escasos. Y cuando existen son, ante todo, de sagas familiares de la alta nobleza, mientras que otros linajes de campesinos, hidalgos, mercaderes o artesanos son apenas inexistentes. Indudablemente la reconstrucción de las vicisitudes históricas de estos grupos sociales puede aportar grandes luces al conocimiento del pasado de la Península Ibérica, tal como esta haciendo la historiografía de otros países europeos en las Edades moderna y contemporánea. En esta conferencia lo que pretendo es presentar de manera muy sintética la trayectoria de una familia española, desde el siglo XIV hasta finales del siglo XIX, la de los Bernuy, uno de los mayores comerciantes de los siglos XV y XVI (2). Dicha estirpe, a mi entender, presenta grandes peculiaridades y su análisis sirve de hilo conductor a la presentación de los grandes problemas de la historia de España. Pero, al mismo tiempo, la importancia de los Bernuy se sale del

(1) Texto de la conferencia pronunciada en la "Plenary Session" del 28 Annual Meeting de la *Society for Spanish & Portuguese Historical Studies*. Minneapolis, 26 de abril de 1997. En el texto se ha prescindido, por cuestiones de espacio, de todo el aparato crítico de precisas referencias archivísticas y bibliográficas.

(2) Para la elaboración de esta conferencia he contado con las ayudas aportadas por los profesores R. Fagel, G. Marnef, F. Brumont, M. J. Ruiz Ayúcar, R. Morán Martín y F. Ballesteros Caballero, a los que quiero expresar públicamente mi gratitud.

marco peninsular para abarcar el conjunto de la historia económica de Europa e, incluso, de América. Fenómeno que ya ha sido señalado por los profesores H. Lapeyre, M. Basas, C. J. Mathers, S. Huxley, R. Morán, G. Caster o F. Brumont.

Mi interés por dicha familia viene desde hace más de 20 años, desde entonces voy encontrando numerosos documentos referentes a los Bernuy en mis investigaciones en diversos archivos de España, Inglaterra, Bélgica, Francia e Italia. Hallazgos que han sido completados con la localización de los restos del archivo familiar. Toda esta documentación me lleva al establecimiento de las siguientes conclusiones: a) La enorme importancia económica y social de los Bernuy, comparable en muchos casos con la de las grandes familias de mercaderes italianos, alemanes o de otros países. b) La constatación de estar ante una familia extendida no solo por España, sino también por Francia y los Países Bajos, por lo que su trayectoria abarca la historia de varios territorios europeos. c) La ejemplificación de un caso histórico en el que una familia a lo largo de su evolución en varios siglos se caracteriza por la continua e imparable consecución del ascenso social y por la asimilación al entorno social y político donde se mueven sus miembros.

Estamos ante una larga y extensa familia que, originaria de la judería de Avila, va a ir escalando –merced al enriquecimiento obtenido en el comercio internacional del siglo XVI– a las más altas capas de la sociedad española, convirtiéndose en nobles en dicho siglo, marqueses de Benamejí en el siglo XVII, Grandes de España en el siguiente, para, finalmente, arruinarse a finales del siglo XIX. Fenómeno que se repite con parecidas características en el caso de sus ramas francesa y belga. La documentación de todos estos países al hablar en el siglo XVI de los Bernuy equipara a dicha familia con Poder y Lujo. Repitiéndose, incluso, en dichos lugares parecidas leyendas acerca de suntuosos recibimientos reales o préstamos a los monarcas.

Obviamente, intentar presentar aquí una exposición detallada de todos los avatares de la familia Bernuy a lo largo de estos seis siglos supera con creces el tiempo y el objetivo de esta conferencia. Ahora, voy a trazar un resumen apresurado de la historia de dicho linaje, señalando exclusivamente sus puntos y etapas principales y dejando para una futura publicación el análisis pormenorizado y analítico de todos los abundantes datos disponibles.

1. – LOS ORIGENES JUDIOS DE LA FAMILIA BERNUY

Como se ha apuntado más arriba, la familia Bernuy era originaria de Avila. Todos los investigadores de la historia de dicha ciudad y provincia –especialmente P. León Tello, E. Ruiz Ayúcar y F. Suárez Bilbao– han señalado la importancia que la comunidad hebrea tuvo en los siglos XIV y XV. Según los diversos censos, los pechos dados al monarca, el número de las sinagogas existentes en la urbe y provincia, indican que su población fue de las más grandes de la Corona de Castilla y, especialmente, del Valle del Duero. Colectividad que se dedicaba al comercio de la lana, de los tintes y del ganado, junto a la artesanía y al arrendamiento de impuestos reales y municipales. Comunidad que, según la documentación conservada, vivía en el siglo XIV en una “aparente armonía” con el resto de la población cristiana y musulmana. En dicha centuria nos encontramos con el hecho de que no había unos barrios judíos plenamente diferenciados y segregados del resto de la ciudad. Es habitual ver cómo judíos notables habitan en las mismas calles principales de Avila donde lo hace la oligarquía urbana. No es extraño, pues, que se haya apuntado que se produjeran algunas mezclas entre ambos grupos sociales. Buena convivencia que, según P. León Tello, se plasmará en la ausencia de noticias sobre la existencia de un progromo en Avila en 1391.

Sin embargo, a partir de las Leyes de Madrigal de 1412 la situación de los judíos castellanos comienza a cambiar. Desde el poder monárquico y desde las autoridades municipales se instiga a las conversiones, iniciándose un fenómeno generalizado que dura todo el siglo XV. Su máxima expresión fue el bautismo del gran rabino de Burgos Samuel Ha Levi que, en un hecho único en la historia del mundo, años más tarde va a alcanzar la sede episcopal burgalesa. Pero la multiplicación de las conversiones es general en toda Castilla y, especialmente, en todas las ciudades y aldeas del valle del Duero donde, a juicio de los estudiosos del tema, había un escaso celo practicante por parte de los judíos allí asentados.

Igual situación debió de ocurrir en Avila y en esos años, en torno a mediados del siglo XV, es cuando debió de producirse la conversión del primer personaje conocido de la familia Bernuy, Diego de Bernuy. Ignoramos cuál fue su nombre hebraico o si como tal era también llamado antes. Lo que está claro es que adoptaron el ape-

llido Bernuy del lugar de Bernuy de Zapardiel, aldea de la ciudad de Avila, situada cerca de Fontiveros y que tenía ese topónimo de origen aragonés desde la Reconquista. Las razones de la toma de ese nombre nos son desconocidas. ¿Procedían de allí o, como he comprobado documentalmente, era donde ya el padre del dicho Diego de Bernuy poseía abundantes propiedades? Lo que sí sabemos a ciencia cierta es que a mediados del siglo XV estaban asentados en la propia ciudad de Avila.

Las escasas noticias sobre dicho Diego de Bernuy –el primero de una larga lista de miembros de la familia que se llamaran de igual manera– nos hablan que se dedicaba a las actividades mercantiles. Comerció con lana y tenía una establecimiento de tintes en la ciudad. Un hermano suyo, Alonso González de Bernuy, le hemos encontrado como comerciante en Toulouse y Flandes en esta segunda mitad del siglo XV. Igualmente en estos años sabemos que Diego de Bernuy tenía firmado un acuerdo de “*compannia e tienda*” con diversos mercaderes de Medina de Ríoseco: los Cubero o Carnero, que más tarde serán sus parientes, y con los Espinosa, famosos comerciantes y financieros de Sevilla y América en el siglo XVI. La fortuna alcanzada con esos negocios fue considerable, ya que en 1490 se dice que tenía empleados en mercancías más de 1.500.000 maravedís, a los que hay que sumar tierras por valor de medio millón de maravedís y otros bienes muebles e inmuebles sin cuantificar. Estas cifras, pues, nos hablan de que sin duda era uno de los mayores mercaderes de Avila y, si lo comparamos con las sumas manejadas en esos mismos años por los grandes comerciantes de Burgos, era también uno de los principales en toda la Corona de Castilla.

A semejante riqueza correspondía un equivalente estatus social. En fecha desconocida Diego de Bernuy contrajo matrimonio con Catalina González de Avila, perteneciente a una de las familias de la oligarquía de Avila, los Zabarcos, originarios de Santo Tomé de Aziviercas y descendientes de mercaderes de telas, pero que habían emparentado, a su vez, con los Dávila, señores de Las Navas. Esta política de unión matrimonial entre personas de origen judío y enriquecidas con el comercio con miembros de las oligarquías urbanas no es peculiar de Avila, sino que la encontramos también en Burgos, Segovia, Medina del Campo, Soria o Valladolid por esos mismos años. Lo que no excluía, sin embargo, que de igual manera las familias conversas se emparentaran entre sí. En el caso de los Bernuy,

vemos cómo la hija mayor del matrimonio se había casado con el mercader Toribio Ordóñez, perteneciente al linaje converso e, igualmente, ennoblecido de los Ordóñez.

Pero a partir de los años 1470 el panorama familiar comienza a cambiar y a peor. En dicho año sabemos que la primera esposa de Diego de Bernuy, Catalina González de Avila, ha muerto, con lo que ello supone de ruptura de los lazos con el poder municipal de Avila. En 1473 éste vuelve a contraer matrimonio con una hermana de sus socios de Medina de Ríoseco, Pelegrina Cubero o Carnero, que a la sazón contaba con 13 o 14 años. Tal unión o, quizás, razones comerciales hicieron que en 1479 Diego de Bernuy emancipara a todos los hijos habidos del primer matrimonio, diciendo expresamente que pueden hacer negocios por su cuenta o ir al extranjero. Pero, junto a los motivos económicos, creo que había en tal hecho otros de índole religiosa.

La realidad es que en esos años corrían vientos de intolerancia en Castilla frente a los judeo-conversos. Conflicto en que junto a las cuestiones religiosas o de creencias, se debatían asuntos sociales y políticos: entre grupos sociales de nuevos ricos frente a la vieja oligarquía por el control del poder municipal, por el reparto de impuestos, por el acceso a puestos de representación de la comunidad, etc. E, igualmente, entre la oligarquía urbana frente al común en un anticipo de lo que más tarde desembocará en la guerra de las Comunidades. Aunque en cada ciudad las luchas presentaron características peculiares, es indudable que en todas ellas estuvieron teñidas del asunto converso, desembocando en algunas –especialmente en Andalucía y la meseta sur– en persecuciones de la población de origen judío.

En Avila la situación se complicó con el proceso inquisitorial del Niño de la Guardia, que fue realizado en dicha ciudad en 1491. Dicho caso hizo que la Inquisición se impusiera en la ciudad con gran celo, dando lugar a toda una serie de juicios a la población conversa de la urbe. Uno de ellos es el que afectó a Diego de Bernuy, a quien en 1492 le fue impuesto un sambenito por ser “judío de señal” y muy posiblemente fue quemado. El asunto esta muy confuso, desconociéndose si tal proceso fue hecho en vida del condenado o después de su muerte.

Las consecuencias económicas de dicha sentencia fueron escasas. Teóricamente todos los bienes del culpable fueron confiscados y pa-

saron a formar parte del Tribunal de la Inquisición. Si bien sabemos que una heredad suya de 240 fanegas de trigo de renta pasó a propiedad del Doctor Nicolás de Soto, físico del príncipe, la mayor parte de los restantes permanecieron en manos de la familia. Su segunda esposa y sus hijos entre 1493 y 1496 consiguieron de los Reyes Católicos que gran número de sus bienes muebles e inmuebles no fueran confiscados. De otros sabemos que estaban a nombre de un antiguo criado, Martín de Piedrahita, que ahora se había trasladado a Córdoba. Y el resto, como se dice en la documentación, estaba fuera del alcance de la Inquisición, ya que Diego de Bernuy “desde cierto tiempo aca, enbiava e traspasava sus bienes destos reynos a otras partes fuera dellos, donde estaban fijos suyos”. El resultado final es que la familia Bernuy no desaparece como consecuencia del proceso inquisitorial, ni tampoco pierde su poder económico. Situación semejante a la de sus parientes, los Ordóñez, que también consiguieron el perdón real y la no confiscación de sus bienes a cambio del pago de diversas sumas de dinero.

2. – LA EDAD DE ORO DE LA FAMILIA BERNUY (FINALES DEL SIGLO XV-1570)

Si el proceso de la Inquisición a Diego de Bernuy en 1492 no acabó con la familia, si que consolidó, en cambio, una dispersión de sus diferentes ramas. Entre los años 1479 y 1500 va a producirse tal fenómeno.

Sólo va a permanecer en Avila un miembro del linaje, Mencía de Bernuy casada con el mercader Toribio Ordóñez y madre del también comerciante y socio de la compañía Bernuy, el canónigo Diego Ordóñez. Otras dos hijas del procesado, Francisca y María, van a entrar como monjas en el convento de Santa Clara de Valladolid. El primogénito, Hernando de Bernuy, le encontramos en Londres en los años 1490, simultaneando su presencia allí con estancias en los Países Bajos, para asentarse definitivamente en Brujas y, más tarde, en Amberes a principios del siglo XVI. A Cristóbal de Bernuy le localizamos entre 1490 y 1510 comerciando en Sevilla y Medina del Campo, donde finalmente será enterrado. A Juan de Bernuy, hijo del segundo matrimonio, le vemos en 1496 en San Sebastián como mercader, y desde 1499 ya asentado definitivamente en Toulouse. El segundo vástago, Diego de Bernuy, el comerciante más activo y pi-

lar de los negocios familiares, tiene una carrera mercantil muy viajera. Desde 1485 hasta 1495 le encontramos traficando en Toulouse, Burdeos y Londres con vino, hierro, trigo, lana, aceite y, sobre todo, con pastel. En 1490 sabemos que estuvo preso en las cárceles inglesas por una disputa económica con el comerciante burgalés Pedro de Salamanca. Entre 1495 y 1500 debió de asentarse en Burgos. Las razones de tal destino son evidentes. Burgos era el centro económico y financiero del comercio castellano de la época y, por otro lado, era una ciudad con una fuerte presencia de judeoconvertos en todas sus capas sociales y, especialmente, en su oligarquía. Podían, pues, pasar desapercibidos sus orígenes hebraicos.

En suma, a principios del siglo XVI tenemos a miembros de la familia Bernuy asentados en los principales centros económicos del momento. Hay ramas en Amberes, Burgos, Toulouse, Sevilla, Medina del Campo y Avila. Si a éstos sumamos socios y agentes de otras partes, tenemos pues los diferentes brazos de una compañía que ha trazado una tupida red comercial y financiera que abarca toda Europa, América e islas Azores. En términos de la actual teoría económica estaríamos hablando de una eficiente empresa multinacional.

Ese poderío le podemos comprobar si analizamos sus actividades económicas en esta primera mitad del siglo XVI. La gran cantidad de documentación que de dicha familia se ha conservado en diferentes archivos me permite trazar solamente un simple esbozo de sus caracteres más destacados. El pilar sobre el que giran los negocios de la compañía familiar fue el comercio. Tenemos abundantes datos que nos hablan de exportaciones de lana castellana a Flandes e Italia; de la exportación de hierro vasco a Inglaterra, Francia y América; de comercio con tejidos franceses, italianos y flamencos; de importación a España de papel y libros desde el puerto de Nantes; de negocios de seda con Lyon; de importación de cobre y cera de Alemania y del Báltico hacia Castilla; de exportaciones de trigo y vino franceses hacia Londres y España; de la propiedad de herrerías en Guipúzcoa; de la posesión de un barco en las costas vascas para dichos tratos; y, sobre todo, de comercio con pastel. Ellos van a ser los dominadores a escala mundial del tráfico de dicho tinte, procedente de una planta de la familia de las indigotinas, de color azul y de gran importancia para la industria textil de la época. Controlarían dos de sus principales zonas productoras, Toulouse y las islas Azores, y exportarían anualmente ingentes cantidades de dicho producto a todos los puntos de Europa.

Calcular el volumen de todos estos comercios es difícil de evaluar. Indirectamente lo podemos saber a través de la múltiple documentación dispersa, pero en este caso contamos con otra fuente de gran valor: sus libros de contabilidad. En Burgos y en el archivo señorial de Benamejí se han conservado tres diferentes libros de cuentas por partida doble que, después de meticulosos y arduos análisis, nos aclaran tales cuestiones. Así, en los años 1540-1550 el volumen anual de comercio de la compañía de los Bernuy oscilaba en torno a unos 100 millones de maravedís. Cifra resultado de las ventas anuales de unas 10.000 cargas de pastel, 2.250 quintales de hierro, más las sumas de los negocios de otros productos. Tal movimiento comercial es mayor que el de cualquiera de las otras compañías castellanas del momento, de las que también se han conservado libros de contabilidad y que en este momento estoy investigando, como las de los Zamora, los Salamanca o Simón Ruiz. Mas, la importancia comercial de los Bernuy sobrepasa estas ventas anuales de más de cien millones de maravedís, ya que a título individual cada uno de los miembros de la familia mantenía acuerdos particulares de negocios con otros mercaderes en los diferentes países donde intervenía el conjunto de la sociedad. Todo ello nos lleva a la conclusión de que estamos ante una compañía que es comparable por su importancia mercantil con las de las grandes familias italianas o alemanas del siglo XVI y superior, por otra parte, a cualquiera de las empresas francesas, flamencas o inglesas.

Pero los negocios de los Bernuy no se ciñeron exclusivamente al comercio, también participaron en banca y finanzas. Al igual que otras grandes empresas de la época, participaron en un número sinfín de negocios relacionados con las finanzas. En primer lugar, el giro y cobro internacional de letras de cambio de ellos mismos y de otro cualquiera que quisiera encargarles tales operaciones. Así, les vemos tratando con dichos valores en las ferias de Medina del Campo, en las ciudades de Valencia, Lisboa, Sevilla y Zaragoza para ser negociados en las plazas de Ruán, Nantes y Londres y en las ferias de Lyon y Amberes. En dicha actividad sus corresponsales fueron los famosos banqueros "Herederos de Ludovico y Antonio Bonvisi" y "Buenaventura Michaeli y Jerónimo Arnolfini".

De la misma manera, sus fuertes contactos con los principales puertos del momento, la solvencia económica y la respetabilidad de la compañía hizo que participaran activamente en el negocio de los

seguros marítimos. Por otra parte, hay que tener en cuenta que Burgos fue en los siglos XV y XVI una de las principales Bolsas de Seguros de toda Europa, lo que hacía que mercaderes y patrones de barcos de todos los lugares acudieran allí a asegurar sus mercancías y naves. Los libros de cuentas de los Bernuy anotan operaciones donde actúan tanto como corredores de seguros como aseguradores. Un ejemplo de ello es el seguro marítimo más antiguo conocido de la historia del Canadá, datado en 1547 y en el que un propietario de un barco vasco asegura su nave para ir desde San Sebastián a la pesca de la ballena a Terranova por la suma de 450 ducados y al 12%.

Pero las actividades financieras de los Bernuy no se concretaron exclusivamente en negocios relacionados directamente con el comercio. Estuvieron, también, los préstamos a los monarcas. Así, vemos cómo la rama de Toulouse presta al rey francés, y las de Amberes y Burgos a Carlos I y Felipe II. Las más de las veces lo hacen a título individual, pero en ocasiones dentro del colectivo de mercaderes de una ciudad o de una corporación, como cuando en 1543 al dar el Consulado un crédito al monarca los Bernuy burgaleses fueron los que más contribuyeron, muy por encima de los restantes mercaderes y en lo que es todo un símbolo de su gran riqueza. En otros momentos, esta actividad crediticia se destina a ayudar a las ciudades donde habitan: Burgos, Amberes o Toulouse. Préstamos que deben de entenderse como meros negocios, pero también como mecanismos para obtener favores regios. No es extraño, pues, que fueran igualmente arrendadores de rentas reales. Así, en 1560-1563, consiguieron el alquiler del cobro de la Bula de Cruzada de toda Castilla por la suma de 918.840 ducados. El negocio se presentaba a primera vista halagüeño, pero finalmente resultó ruinoso. Con un monarca endeudado, como Felipe II, había que tener cuidado.

Pero los Bernuy no desdeñaron ningún otro tipo de negocio financiero posible. Al mismo tiempo que prestan a los monarcas y ciudades, lo hacen a un sinfín de particulares. Aquí, la contabilidad y la restante documentación refleja cómo entre los deudores de los Bernuy están tanto miembros de la alta nobleza, obispos y cabildos catedralicios, como simples artesanos y campesinos de las comarcas en torno a Burgos, Amberes y Toulouse. No hay que despreciar un beneficio por pequeño que éste sea. Lo mismo que hay que diversificar los negocios, para de esta manera diversificar los riesgos. En todo esto y en tantas otras cosas los Bernuy hicieron lo mismo que vemos practicar a tantos otros mercaderes europeos.

En conclusión, la familia de los Bernuy consiguió en sus diferentes ramas, actuando a título individual o en compañía, amasar una de las mayores fortunas de la primera mitad del siglo XVI. Tanto los de Burgos, como los de Amberes y Toulouse, se encuentran entre los que más cotizan fiscalmente en sus respectivas ciudades. No es extraño que gozaran de los favores reales y que, por ejemplo, el monarca francés Francisco I se alojara en su casa en una visita a Toulouse, dando lugar a leyendas sobre su recibimiento donde se mezclan los detalles de lujo y los bailes galantes.

Si las actividades económicas que a lo largo de esta primera mitad del siglo XVI ejercieron la familia Bernuy son dignas de interés, otro tanto se puede decir acerca de sus **comportamientos sociales y políticos**, así como de su **mentalidad**. Aquí, la actuación de esta familia es totalmente concordante con las que he estudiado de otros linajes de comerciantes castellanos asentados tanto en España como en el extranjero. Comportamientos que hemos de enmarcar en el constante deseo de ascenso social, en su trayectoria dirigida a conseguir el acceso al poder político y en su imitación de los usos caballerescos.

Una de las primeras prácticas que adopta la familia Bernuy es la consecución de la integración en el medio social de las ciudades donde se asienta. Esta comienza, en un primer momento, con la adquisición de la condición de vecino. La rama burgalesa la adquiere sin ningún problema en el mismo momento de irse a vivir a Burgos. Más problemas presentaba esto para los que se fueron a vivir al extranjero, donde no podían negar su origen español. La solución venía por la obtención de la naturalización, que Juan de Bernuy obtiene de rey francés apenas dos años más tarde de su llegada a Toulouse, en noviembre de 1501. Su hermano Hernando, que se asentó en los Países Bajos, logra ser admitido dentro de la Nación castellana de Brujas, gozando, pues, de los importantes privilegios inherentes a tal condición y, al trasladarse a Amberes, poder mantenerles. Sus hijos renunciaran a ellos para convertirse en vecinos de la ciudad brabanzona.

Pero la mejor forma de integración en el nuevo medio social la logran a través de una hábil política matrimonial. Analizando los enlaces que hizo la primera generación después de emigrar de Avila, vemos que se casan con miembros de las oligarquías locales de las ciudades donde se asentaron: D.^a Isabel Orense de La Mota, D.^a Isabel van Bombergen y D.^a Margueritte du Faur de Saint Jory. Políti-

ca que continuaron sus hijos, aunque la acompañaron de matrimonios con hijos de familias de mercaderes castellanos: Fernando II de Bernuy con Ana de Carrión de Brujas y la hija del primer Bernuy con Pedro de San Esteban. Aquí los negocios imponen su lógica. En una tercera generación se mantienen las mismas prácticas, aunque aparecen también los enlaces con la alta nobleza. El resultado fue que las tres diferentes ramas de la familia Bernuy se entroncaron con los grupos dirigentes de las sociedades donde vivieron. Tal hecho les permitió medrar en sus negocios, jugando, incluso, con la ambivalencia de su condición de españoles, franceses o flamencos según les convenía en sus tratos.

Si por vía matrimonial consiguieron emparentar con las oligarquías urbanas de Burgos, Avila, Amberes y Toulouse, otro tanto hicieron al lograr el acceso al poder político por sus propios mecanismos. Todos pertenecieron a las corporaciones de mercaderes castellanos, participando activamente en sus reuniones. Hernando de Bernuy, incluso, llegó a ser cónsul de la Nación castellana en Brujas en 1508. Pero donde mejor se aprecia el interés que tuvieron por el poder político, es respecto a la consecución de cargos municipales. En Burgos, en 1513, Diego de Bernuy obtiene un puesto de regidor en el ayuntamiento de la ciudad, que en 1517 pasó a su hijo mayor Hernando. Por ello su otro hermano y rival, el gran comerciante Diego de Bernuy Orense, tuvo que lograr dicho puesto en 1529 mediante la compra del cargo. En Amberes, nos encontramos con que en 1555 Hernando II de Bernuy consigue ser "echevin" de la ciudad del Escalda, puesto que ya tenían sus tíos y primos. En Toulouse, Jean de Bernuy logrará el título de "capitoul", que pasará a su hijo mayor del mismo nombre. El resultado de todo ello no puede ser más expresivo. Allí donde vivieron mandaron en sus ayuntamientos, estando distintos Bernuy, incluso, en unos mismos años al mando de las diferentes ciudades. Poder municipal que, en ocasiones, completaron con puestos de representación de la ciudad. Así, Diego de Bernuy Orense es elegido procurador de Burgos para las Cortes de 1560, estando encargado por ellas de recibir el juramento del rey Felipe II.

No es de extrañar, pues, que el control del poder político municipal fuera acompañado de la ocupación de puestos en la administración real. En España, el tantas veces citado Diego de Bernuy fue Escribano Mayor de las Rentas de Atienza y Escribano Mayor de la Casa de la Moneda de Burgos. En Francia, los dos hijos de Jean de

Bernuy fueron miembros del Parlamento de Toulouse merced a la compra que de tales cargos hizo su padre.

Otro comportamiento común entre los mercaderes castellanos asentados en toda Europa son sus fuertes relaciones con los medios eclesiásticos locales. Ocupar cargos en las parroquias, pertenecer a cofradías religiosas, hacer generosas donaciones, tener capillas funerarias propias, hacer fundaciones de misas y capellanías, meter a algunos de sus hijos como sacerdotes, frailes o monjas, y finalmente escalar puestos en la administración eclesiástica. En el caso de los Bernuy no he encontrado ningún personaje masculino que en las tres primeras generaciones entrara dentro de la Iglesia. No ocurre lo mismo en el caso de las hijas, donde hubo varias que fueron monjas en diversos conventos de Valladolid, Medina del Campo y Burgos. La mayor parte de los hijos de los Bernuy de los siglos XV y XVI fueron mercaderes o funcionarios. El único caso que se sale, de alguna manera, de esta norma es Diego Ordóñez. Este fue durante la mayor parte de su vida mercader, estaba amancebado con una criada de la que tuvo varios hijos, y al mismo tiempo tiene una canongía en la catedral de Avila, cargo eclesiástico que compaginó con los negocios comerciales.

Pero donde más se aprecian las relaciones de los Bernuy con el medio eclesiástico local es en lo referente a ser patronos de iglesias y monasterios. En estos años los de Burgos construyeron su capilla funeraria en el convento de S. Francisco; los de Medina del Campo en el también denominado de S. Francisco; y los de Toulouse en el de los Jacobinos. De todos ellos fueron sus protectores, dejando cuantiosas donaciones. En definitiva, con esta política lo que pretenden es mostrar su prestigio social, comparable con el de cualquiera de las grandes y viejas familias de esas ciudades. Pero, al mismo tiempo, la constitución de estos patronatos es un medio para hacer perdurar y transmitir la cohesión de la familia en las sucesivas generaciones. En las capillas se colocan emblemas con el escudo familiar, cartelas funerarias que hablan del linaje y otros símbolos que permiten a los descendientes mantener la conciencia de su pasado. En suma, en esta relación con el medio eclesiástico no solo actúan movidos por razones de tipo religioso, sino de prestigio social. Comportamiento que, también, le encontramos en su pertenencia a cofradías. En el caso de la rama burgalesa eran miembros de la Cofradía de Caballeros de Santiago, a la que pertenecía lo más selecto de la

ciudad de Burgos. Como tal, asistían a sus celebraciones, acudían ricamente engalanados a sus procesiones y aparecen pintados en su libro armorial.

La búsqueda del ascenso y prestigio social a lo largo de los siglos XV y XVI vino acompañada de la constitución de ricos patrimonios inmobiliarios. Hernando de Bernuy fue uno de los mayores propietarios de casas en la ciudad de Amberes y, al igual que su compatriota Diego de Haro, un especulador del suelo urbano. Todos ellos vivieron en suntuosos palacios situados en las mejores calles de sus respectivas ciudades y que –a juzgar por sus inventarios– estaban muy ricamente amueblados. Los burgaleses en la plaza del Huerto del Rey. Los de Amberes en la Lombardstraat y, luego, en la Beddenstraat. Jean de Bernuy encargó entre 1503-1505 a los Picart la construcción del famoso Hôtel de Bernuy de Toulouse, que en 1530-1536 concluyó el famoso arquitecto renacentista francés Loys Privat. La posesión de estos patrimonios urbanos se completó con la compra de numerosos bienes rústicos. Tanto en Burgos, como en Amberes y Toulouse, los Bernuy fueron propietarios de extensas tierras, castillos y señoríos.

En definitiva, los comportamientos de la familia Bernuy estaban destinados a conseguir el ascenso social por medio de la búsqueda del enriquecimiento y la adopción de los usos caballerescos y nobiliarios imperantes en la sociedad del momento. Política en la que ellos no innovan, sino que repiten lo que hacen sus vecinos comerciantes. Llegar a ser noble era la máxima aspiración de dichos mercaderes castellanos tanto en el extranjero como en la propia España. Suponía haber alcanzado la más alta consideración social en las ciudades donde residían y el símbolo, frente a la galería, de lo que se podía conseguir con los éxitos en los negocios. No estamos ante la tan manida y ya superada “traición braudeliana de la burguesía”, pues creo que la mentalidad de dichos comerciantes castellanos, como los de otras partes, nunca fue burguesa en el sentido contemporáneo del término. Se aspira a ser noble, sin que ello suponga que se abandonen las actividades comerciales o financieras y que sus economías se tornen hacia la tierra o las rentas. Lo que hay a lo largo de los siglos XV y XVI es una simultaneidad de actividades económicas, sociales y políticas (comercio, finanzas, posesión de bienes urbanos y rústicos, ejercicio de oficios públicos, compra de rentas y señoríos, etc.), que es simplemente la diversificación de riesgos. Es

verdad que el patrimonio de estos mercaderes pivota sobre el comercio y las finanzas y que su ruina conduce, a la postre, al modo de vida rentista de la nobleza. Pero este cambio, en el caso de los mercaderes castellanos del extranjero y de España, se produce sólo a partir del último tercio del siglo XVI ante la total crisis del comercio.

Pero si en los negocios, en sus comportamientos y actitudes la familia Bernuy tiene unas características semejantes a las de otros linajes mercantiles de Burgos, lo que llama la atención de ella es que, hasta mediados del siglo XVI, mantuvo una perfecta política de coordinación entre sus diferentes ramas. Son los brazos de una misma compañía mercantil. Ello supone que llevan multitud de negocios en común, que haya un intercambio constante de correspondencia y que en sus libros de contabilidad se anoten asientos de todas las partes de Europa y el reparto de los beneficios que corresponden a cada una de las sedes de la sociedad. En caso de conflicto en una de sus ramas familiares se recurre al arbitraje de los otros miembros de la familia. Así, en la disputa que acaeció en 1519 entre los diferentes hijos por la herencia de Diego de Bernuy, acude desde Toulouse el hermano del difunto, Jean de Bernuy, que no solo pone paz entre ellos, da amplios poderes a la viuda – durante muchos años el corazón de la empresa burgalesa –, sino que obliga a que los litigantes (Hernando y Diego de Bernuy Orense) acudan a presentarse y rendir pleitesía a los tíos y primos de Amberes y Toulouse.

3. – LA EVOLUCION DIVERGENTE DE LAS DIFERENTES RAMAS DE LA FAMILIA BERNUY DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI

La armonía y la política coordinada en los negocios entre las diferentes ramas de la compañía y la familia Bernuy se rompen a partir de mediados del siglo XVI. Dicho fenómeno, como en tantas otras cosas, no es peculiar de este linaje, sino que también le he encontrado en otras dinastías de mercaderes castellanos asentados a lo ancho de todo el mundo. Los factores de tal divergencia hay que buscarles en primer lugar en los cambios que a partir de 1550 se están produciendo en la coyuntura económica internacional. Estamos, por una parte, ante la crisis del comercio lanero de Castilla, que ve cómo caen sus exportaciones hacia su principal mercado, Flandes, y que no consiguen ser substituidas por las destinadas a Francia o Italia. Por otra parte, en esos mismos años se observa, también, que

el modelo gerencial de las grandes compañías castellanas, italianas o alemanas –con sucursales, agentes y socios en las principales plazas– está entrando en decadencia ante el avance del sistema mucho más flexible de los comisionistas. Y, en el caso de la familia Bernuy, en esos mismos años asistimos a una profunda crisis del comercio del pastel y de su principal centro productor, Toulouse. No es extraño, pues, que las dificultades económicas vengan acompañadas por disensiones entre los diversos pilares de la compañía Bernuy.

Pero, junto a estas causas económicas, van a sumarse los problemas derivados del avance del calvinismo. Como ya señalé en otros trabajos, una de las características de las colonias de mercaderes castellanos asentadas en Europa es, a diferencia de sus vecinos italianos, alemanes o ingleses, su gran integración dentro del medio social donde vivían. Por ello la Reforma protestante afectó a un gran número de las familias castellanas asentadas en Brujas, Amberes, Ruán, Nantes, Burdeos o Toulouse. Una parte de las colonias mercantiles adoptó la nueva religión, mientras otra siguió fiel a Roma. Hay, incluso, casos de familias en que unos miembros fueron protestantes y otros católicos. El resultado es que en medio de las guerras religiosas de la Europa de la segunda mitad del siglo XVI haya españoles en ambos bandos. Las situaciones son muy variadas y afectaron tanto a las familias que eran de origen marrano como a las que no lo eran. Entre los conversos hubo un gran número que se convirtieron al calvinismo, aunque otros fueron furibundamente católicos y actuaron como brazos represores de los anteriores. No se puede establecer, pues, como a veces se ha dicho, que todos los conversos asentados en Europa se pasaron al bando protestante. E, igualmente, no he encontrado ningún caso de mercaderes castellanos que, habiéndose convertido al cristianismo en el siglo XV y estando asentados en Europa desde finales de ese siglo o en la primera mitad del siglo XVI, se hubieran vuelto al judaísmo. Ese fenómeno hay que atribuirlo más bien a los mercaderes conversos que, procedentes de Portugal, se extienden por Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Estas alteraciones económicas y religiosas hicieron que una de las causas del éxito empresarial de las colonias de mercaderes castellanos asentadas en el extranjero, la existencia de fuertes lazos de solidaridad y el estar dotadas de mecanismos de reputación, se rompiera. Eso explica algunas de las razones de la crisis del comercio

castellano con Europa a partir de las décadas de 1550/1560. Tal fenómeno le podemos apreciar en el caso de la familia Bernuy, cuya evolución es totalmente divergente.

La rama de los Países Bajos a mediados del siglo XVI estaba representada por Hernando de Bernuy, hijo del personaje del mismo nombre que desde los años 1510 se había asentado en Amberes. Como se ha dicho, era "echevin" de dicha ciudad y estaba emparentado con las también grandes familias de los Bombergen y de los Dilt. Sabemos que era uno de los personajes más ricos de dicha urbe, se dedicaba al comercio y las finanzas y era el socio capitalista del famoso impresor Plantino. Pero, tanto él como sus cuñados y primos, se habían convertido al calvinismo y como tales eran unos de sus dirigentes. Están al frente del ayuntamiento cuando éste está en poder de los sublevados, teniendo que huir cuando Amberes pasa a manos del Duque de Alba. El lugar de refugio de gran parte de los calvinistas fue la ciudad alemana de Goch. Allí se nos dice que Hernando de Bernuy fue miembro de su consistorio e, incluso, que en su casa se predicaba. A su muerte, su viuda continuó protegiendo a los predicadores calvinistas.

Sobre sus descendientes sabemos poco. Un sobrino suyo, Antonio van Bombergen, residió igualmente en Goch y de él se dice que era capitán de los Gueux. Los dos hijos de Hernando de Bernuy, Fernando y Diego, estudiaron en Orleans, Basilea y Heidelberg y el primero de ellos fue oficial de las tropas calvinistas de la ciudad de Breda contra los ejércitos de Felipe II.

La historia de la rama de los Bernuy de Toulouse es también muy compleja. A la muerte de Jean de Bernuy en 1540, sucede en los negocios familiares su primogénito del mismo nombre. Este continúa con los negocios de la familia en sociedad con su tío de Toulouse, Pedro de San Esteban, y su primo español Diego de Bernuy Orense. Pero el contagio calvinista también afectó a dicha familia. Unos miembros fueron católicos y otros protestantes. El citado Jean II fue uno de los que se convirtieron al calvinismo. Le encontramos al mando del ayuntamiento bajo la dominación hugonote de la ciudad, teniéndose que exiliarse de ésta en 1562 cuando vuelve a manos católicas. Pero, a diferencia de otros mercaderes pasteleros –incluso parientes suyos– que renunciaron a su fe calvinista para conservar sus posesiones, Jean de Bernuy permaneció fiel a la nueva religión y murió en el exilio. Pero lo más paradójico de la historia de la fami-

lia Bernuy de Toulouse es lo que sucedió con el palacio del Hôtel de Bernuy. Fue asaltado tanto por los católicos como por los calvinistas, teniendo que venderse en 1566 a dos mercaderes de la ciudad, que en 1567 lo convirtieron en el colegio de La Compañía de Jesús. Algo que nunca hubiera imaginado el fiel calvinista Jean de Bernuy.

La evolución de la rama española presenta menos complejidades. Aquí no hubo veleidades religiosas ni contagios del protestantismo. Los Bernuy de Burgos fueron un magnífico ejemplo de la devoción y de la práctica católica, manifestado en el ejercicio de la caridad al fundar en 1561 uno de los hospitales más principales de la ciudad, el de La Concepción.

Pero más interesante es la trayectoria que adoptaran en esos años y que estaba dirigida a borrar sus antecedentes judíos y a convertirse en nobles. En 1566 consiguen la hidalguía a cambio de un préstamo de 40 millones de maravedís al monarca. En ese mismo documento compran el título de mariscales de Alcalá del Valle, cerca de Ronda. Con ello consiguen borrar las dudas sobre su origen converso que corrían de boca en boca por Burgos y que han quedado reflejadas en el panfleto antisemita que en 1560 escribió el obispo de Burgos D. Francisco de Mendoza y Bovadilla, *El Tizón de Nobleza*, donde se dice de Diego de Bernuy que “el sambenito de su abuelo dicen que está en Santo Tomas de Avila. Su hijo tiene cuatro cuentos de renta, con lo que bien puede olvidar su mala nota”.

Sin embargo, la lacra de cristiano nuevo no se podía borrar con tal irónica opinión, era necesario construir una nueva historia de la familia. Esta se efectúa por medio de la realización de falsos expedientes de limpieza de sangre. He encontrado cuatro de ellos, siendo el más antiguo de 1582. Las argumentaciones contenidas en todos ellos son idénticas. Todos los testigos afirman bajo juramento que es imposible que el linaje Bernuy sea de origen judío, ya que todos sus miembros se han casado desde antiguo con ilustres familias de cristianos viejos; mantienen un estilo de vida caballeresco; pertenecen a cofradías de caballeros donde es “imposible” que hubiera cristianos nuevos; han hecho grandes obras piadosas; etc. Todo ello acompañado con la realización de árboles genealógicos que se remontan a mediados del siglo XV, pero donde solo se habla de los antecesores de Avila que descienden de los Dávila y Zavarcos, no de los judíos. Igualmente, nunca se mientan a los familiares de Amberes y Toulouse, no vaya a ser que surjan complicaciones al conocerse que son cal-

vinistas. El único inconveniente a tales argumentos es que en esos años aún perduraba colgado en Santo Tomás de Avila una tabla de los sambenitos donde aparecía el primer Diego de Bernuy. Tal asunto se resolvía afirmando todos los testigos que el que aparecía citado era otro y que había sido un físico. Argumentación que era aceptada como verídica por todos los pesquisidores. Hecho del cual no hemos de extrañarnos, ya que en otra investigación que se hizo para averiguar los orígenes de Diego de Vera y del Peso, de una poderosa familia conversa de regidores y que quería entrar como colegial de S. Bartolomé de Salamanca, se dice “que no avía en toda Avila ni sacerdote ni hombre de días que no estubiese sobornado”.

Se puede afirmar que a principios del siglo XVII se han borrado todas las huellas del pasado judío de la familia Bernuy. Antecedentes que nunca más volverán a salir a relucir. La culminación de tal proceso vino con la realización de una historia fantástica acerca de sus orígenes. Se dice que su apellido –tan exótico a la fonética española– procedía del sur de Francia y que la familia era descendiente de los condes de Tolosa y estaba emparentada con los reyes franceses.

Pero el disfrute de un pasado de cristiano viejo tenía que ir acompañado de la posesión de tierras y del señorío sobre una población importante. En este caso, el de Benamejí en la provincia de Córdoba. Estos van a ser adquiridos por Diego de Bernuy Orense entre 1539 y 1559. Compra el lugar, los derechos sobre sus alcabalas, abundantes heredades y dehesas allí y en sus proximidades, completado con la compra de Alcalá del Valle. Paralelamente, procede a la repoblación de Benamejí trayendo colonos, construyendo casas, iglesia, palacio y un puente sobre el Genil. Incluso intenta introducir nuevos métodos agrícolas, en lo que es un anticipo de las colonizaciones ilustradas del siglo XVIII.

Todas estas compras le supusieron unos desembolsos de más de 33 millones de maravedís, a los que hay que añadir muchas otras sumas en cantidades que desconocemos. Para todo ello tuvo que endeudarse con censos por valor de más de 39 millones de maravedís. Deuda que no solventaron sus descendientes hasta las primeras décadas del siglo XVII. La realidad es que a su muerte acaecida en 1563 estaba totalmente arruinado. Estos gastos, más la crisis del comercio burgalés y el dinero que le adeudaba la hacienda real harán que en 1570 quiebre la compañía Bernuy. Tal quiebra fue una de las más sonadas en el Burgos de la época, dando lugar a un sinfín de

pleitos que no resolverán sus descendientes hasta finales de siglo y esto merced a la decidida y valerosa actitud de la viuda de Diego de Bernuy Barba, D.^a Isabel Hurtado de Mendoza. Una de las consecuencias de dicha ruina fue que los Bernuy abandonaron Burgos, trasladándose a vivir a Benamejé. Siguen conservando los títulos de regidores, diversas rentas, el patronato sobre las capillas y el Hospital de La Concepción, pero no estarán ya presentes.

4. – LA EVOLUCION DE LA FAMILIA BERNUY EN LOS SIGLOS XVII, XVIII Y XIX

La trayectoria de la familia Bernuy a lo largo de estos siglos es menos conocida. Solo poseo algunos datos sobre la rama española, aunque de gran interés para conocer las características de la historia social de España.

La evolución que apreciamos durante los siglos XVII y XVIII es la típica de una familia de la nobleza de tipo medio-alto. Van a ser propietarios-rentistas de numerosas posesiones rústicas y urbanas en las provincias de Córdoba, Granada, Sevilla, Málaga y Burgos. Tendrán palacios en Benamejé, Ecija y Córdoba. Algunos de sus miembros van a ocupar cargos en la corte de Madrid. En los siglos XVIII y XIX otros optaron por la carrera militar. Varios fueron caballeros de las órdenes de Calatrava y Santiago. De alguno sabemos que fue poeta y de otro teólogo.

En el siglo XVII uno fue obispo electo de Jaen y en el siguiente otro obispo de Canarias. Varios fueron canónigos y dignidades en diversas catedrales. A finales del siglo XVII Juan Antonio de Bernuy fue, en lo que es otra de las paradojas de esta historia, inquisidor de la Suprema y General Inquisición. ¡Los antiguos inquisitados se han vuelto inquisidores!

La culminación de la carrera nobiliar vino de la mano de la concesión por Carlos II en 1675 a D. José Diego de Bernuy Antonio del privilegio de Marqués de Benamejé. Título que en 1789 se vio incrementado con la condición de Grande de España. Se ha conseguido, en consecuencia, llegar al máximo ascenso en la escala social dentro del Antiguo Régimen.

Sin embargo, la crisis de dicho sistema y la revolución burguesa del siglo XIX afectó gravemente a la familia Bernuy. Aunque varios

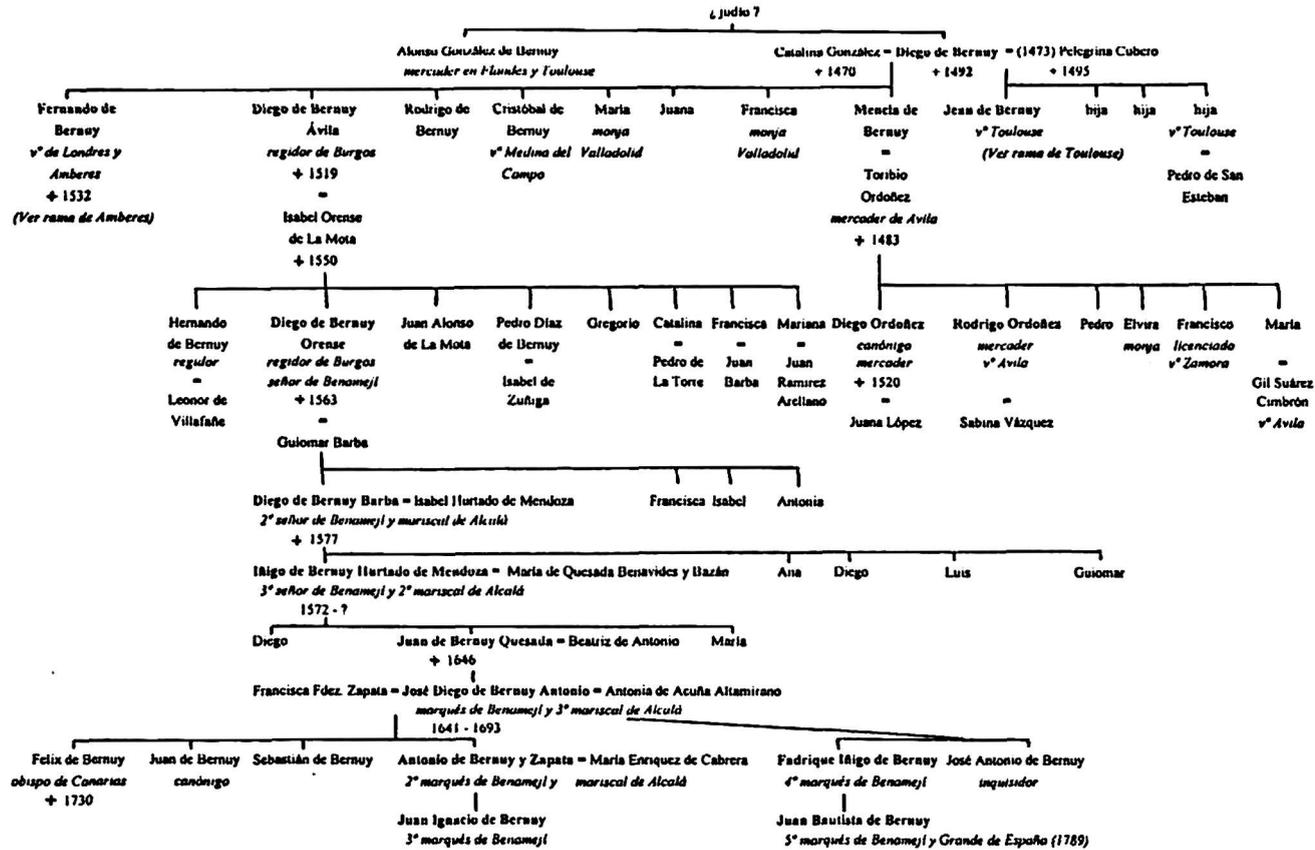
de sus miembros sabemos que adoptaron la causa liberal, fueron militares, diputados y senadores reales, se adaptaron mal a los nuevos tiempos. La historia de ese siglo esta repleta de conflictos familiares, disputas entre descendientes por herencias, hijos ilegítimos, pleitos por pretendidos derechos, etc. Y lo que es más clarificador, la ruina económica. Se disuelve el señorío, pierden gran parte de sus tierras, los antiguos vasallos no aceptan los antiguos derechos, tienen que vender sus propiedades e, incluso, el propio archivo.

El ultimo episodio de la historia de la familia Bernuy es su aparición como personajes de la novela de Pío Baroja "La feria de los discretos", donde su protagonista es un hijo ilegítimo del marqués, que mediante la picaresca y el robo pretende conseguir el renacimiento de las glorias familiares. En dicha novela se nos describe el salón principal del palacio que los Bernuy tenían en Córdoba con estas palabras:

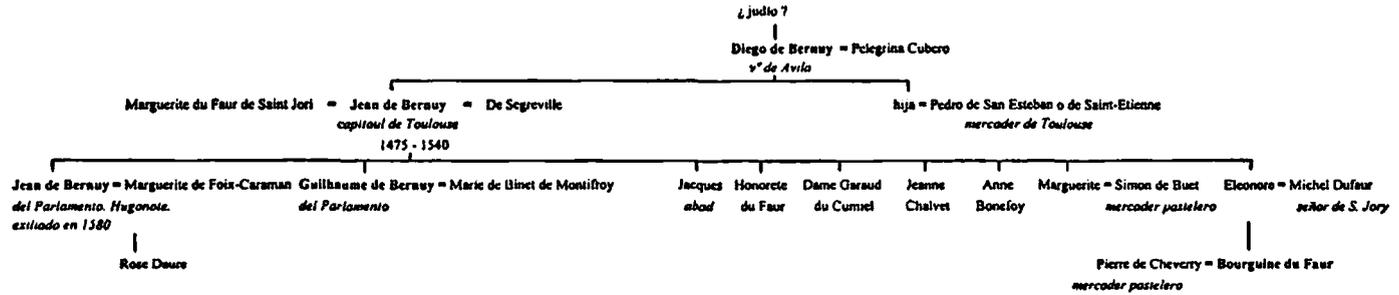
"Tenía aquella estancia un aire completo de desolación. En las paredes pintadas, llenas de desconchaduras, había retratos de cuerpo entero de señores con uniformes y hábitos de nobleza; algunos cuadros tenían el lienzo roto; otros, los marcos carcomidos por la polilla; los sillones de cuero, desvencijados, se bamboleaban al apoyar la mano en su respaldar; los tapices antiguos con figuras de relieve, que ocultaban las puertas, estaban llenos de desgarrones; en los artesonados del techo, las arañas tejían sus telas blancas; un reloj muy complicado del siglo XVII, con la esfera y el péndulo de cobre, no andaba, y solo disonaba en este salón, viejo y arcaico, la chimenea francesa, donde ardían unos leños, y un relojito dorado, puesto sobre la tabla de mármol, que, como buen advenedizo, llamaba la atención de un modo impertinente..."

Es el fin de la dinastía Bernuy, que desde sus orígenes en la judería de Avila, ha conseguido ascender a las más altas cimas de la sociedad, llegando a ser Grandes de España, para arruinarse a finales del siglo XIX.

GENEALOGIA DE LA RAMA ESPAÑOLA DE LA FAMILIA BERNUY



GENEALOGIA DE LA RAMA DE TOULOUSE DE LA FAMILIA BERNUY



GENEALOGIA DE LA RAMA DE AMBERES DE LA FAMILIA BERNUY

